





FORJA DE MENTIRAS

FORIA
DE
MENTIRAS
ANA SEGARRA



Primera edición.

Forja de mentiras. La pérdida de Vestalia.

© 2023, Ana Segarra.

© Munyx editorial.

© Grupo Editorial Sargantana.

www.munyxeditorial.com

© Corrección: Grupo editorial Sargantana.

© Ilustración del mapa: Diego García.

© Montaje y diseño: Marta F. Alarcón.

© Maquetación: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-124213-0-9

Depósito Legal: V-3768-2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

*A mi abuela Ana, culpable de que mi imaginación necesite
salir en forma de palabras.
Gracias por acompañarme a esos bosques de fantasía,
hadas y brujas.*

A las máquinas nunca les sobra nada, ¿sabes? Siempre tienen las piezas justas para funcionar. Y entonces pienso que, si el mundo es un gran mecanismo, tiene que haber alguna razón para que yo esté en él. Y otra para que estés tú, claro.

La invención de Hugo Cabret, Brian Selznick

—Somos presuntuosos, la humanidad —dije—. Todos nosotros. La gente. Vemos cómo se queman las hojas de los árboles un día caluroso de agosto y seguimos sin creer que vaya a cambiar nada. Nuestros imperios seguirán siempre en pie.
—Nada dura para siempre —dijo Peter.

Material sensible, Neil Gaiman

VESTALIA



EL PASO



SELÁN

LAGO DE MINUS



CRÓTAZ



HASTÍA

CORDILERA MELIDIANA



MÉLIDO

DESIERTO DE KRISI

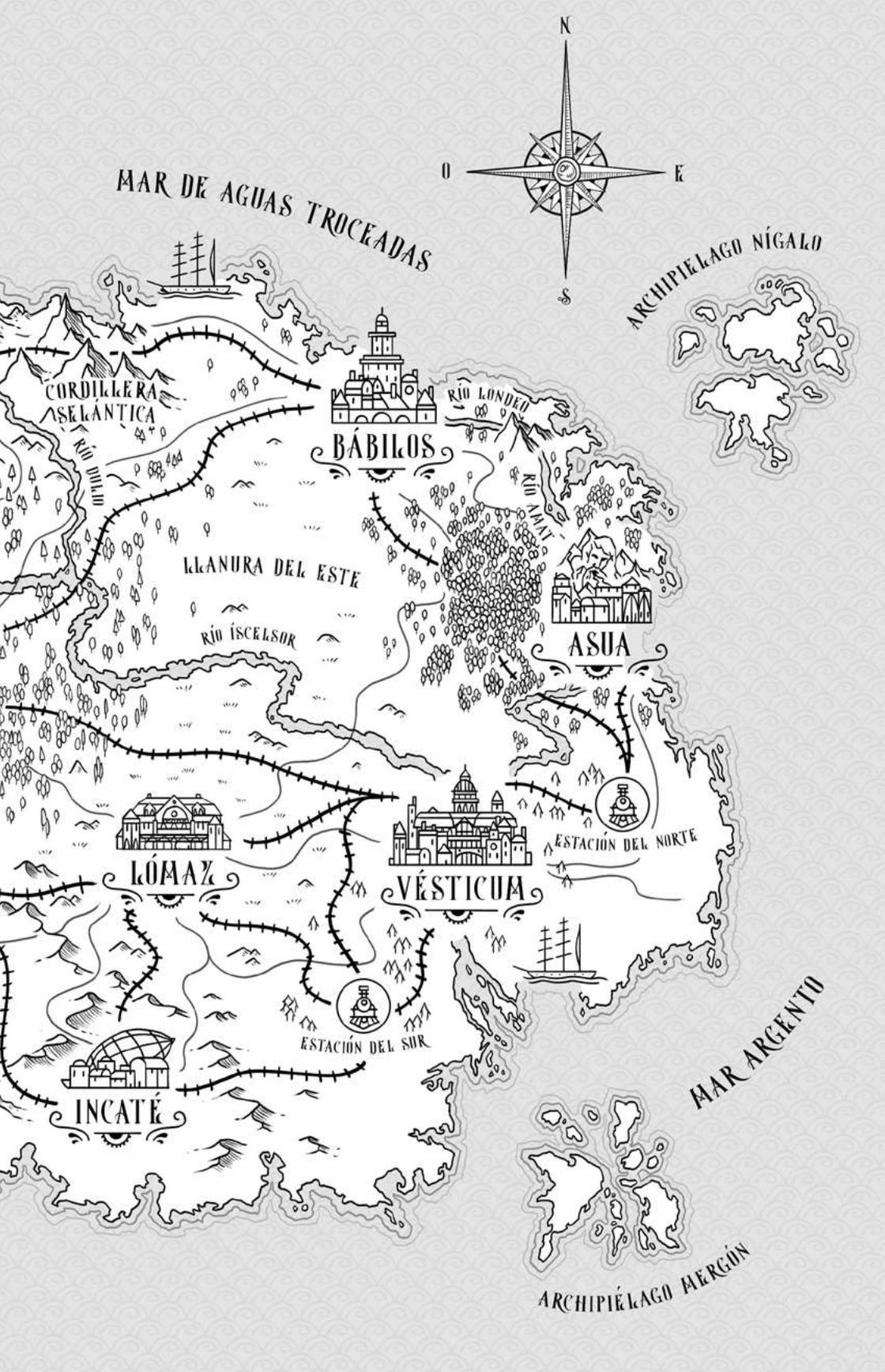
LAGO MERIAN

MAR ROCOSO

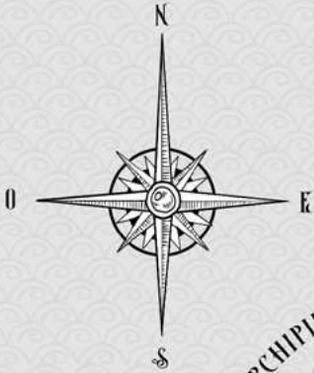
GULFO DE KRISI

ARCHIPIELAGO SÚRIU

CABO DE INCATÉ



MAR DE AGUAS TROCEADAS



ARCHIPIELAGO NÍGALO

CORDILLERA ASELANICA

BÁBILOS

RÍO LONDÉN

PLANURA DEL ESTE

RÍO ÍSCELSOR

ASUA

LÓMAZ

VÉSTICUM

ESTACIÓN DEL NORTE

ESTACIÓN DEL SUR

INCATÉ

MAR ARGENTO

ARCHIPIELAGO MERGÓN



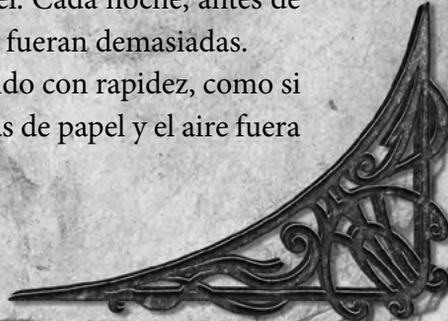
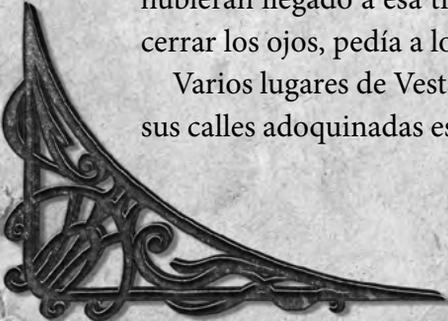
PRÓLOGO

Las cenizas de Vestalia todavía atravesaban el aire. Aunque le había costado demasiado tiempo, se había acostumbrado a vivir allí, refugiado entre las cristalinas aguas que rodeaban el archipiélago de Mergón —así lo había bautizado después de pasar el tiempo suficiente como para necesitar llamarlo por algún nombre— y la suave brisa que hacía olvidar tiempos pasados. Para ello, por increíble que pareciera dadas las circunstancias, sacaba un rato cada día para hacer lo que más le gustaba: pintar.

Había aprendido a utilizar las hojas secas de las palmeras como papel improvisado y a obtener la tinta de los calamares que encontraba en la playa. Con eso y las plumas de gaviotas, que a esas alturas guardaba como su mayor tesoro, se dejaba llevar y pintaba.

Sin embargo, aunque eso le habría parecido suficiente en su antigua vida, nada más llegar a la isla comprendió que tenía que buscar comida, agua, un lecho sobre el que dormir y un arma con la que defenderse, tanto de animales como de personas que hubieran llegado a esa tierra antes que él. Cada noche, antes de cerrar los ojos, pedía a los cielos que no fueran demasiadas.

Varios lugares de Vestalia habían ardido con rapidez, como si sus calles adoquinadas estuvieran hechas de papel y el aire fuera



una mecha furiosa. A él casi no le dio tiempo a huir. De hecho, cuando llegó a Mergón, el olor de la muerte y de las cenizas todavía se dejaba intuir en sus ropas andrajosas. Estuvo al borde del abismo en más de una ocasión, sobre todo en el momento en el que tropezó y las llamas le lamieron la suela de los zapatos. Sin embargo, eso le dio fuerzas para seguir corriendo y hacerlo con más intensidad, si cabía, a pesar de saber que iba a ser muy difícil sobreponerse a todo lo que había ocurrido.

Ese último año había sido devastador. Se había llevado por delante todo lo que él más quería, había arrasado con su vida entera. Y no es que fuera una vida envidiable —ninguna podía serlo en Vestalia—, pero sí lo bastante discreta y decente como para no llamar la atención. En eso consistía la supervivencia en ese país: en pasar desapercibido. Era la única forma de no ser objeto de una mentira, que era lo peor que a uno le podía ocurrir, y mucho más en Selán, la pequeña ciudad donde vivía Eneas y donde todo el mundo se conocía, lo que significaba que cualquiera podía convertirse en víctima de una mentira indeseada.

En ese último año, él había tenido que mentir. Y lo peor de todo era que llegó un momento en el que lo hacía sin pudor, sin reparar en las consecuencias. Para no pensar demasiado en lo que estaba haciendo, tenía una máxima que se repetía una y otra vez: mentía para sobrevivir.

Aunque por el camino perdiera todo lo que le importaba.



PRIMERA
PARTE





CAPÍTULO I

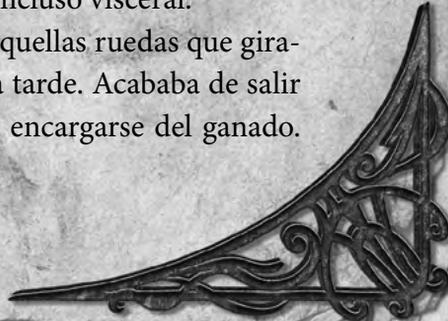
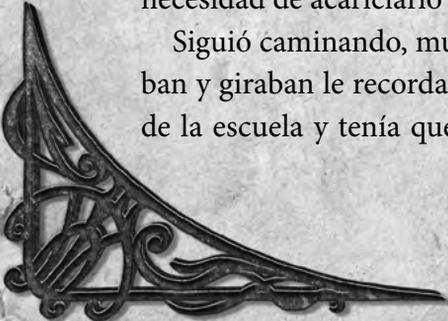
**Eneas Lockwood
Selán, al noroeste de Vestalia**

La bufanda le tapaba casi toda la cara, y aun así conseguía rasomar los ojos por detrás de ella para observar con envidia los escaparates.

Eneas Lockwood sabía que ese era el peor sentimiento que uno podía tener en Vestalia. Era consciente de que decenas de personas, si no cientos, morían cada día por la envidia de otros tantos. Muchos decían que era la codicia lo que movía el país, otros, la lujuria, incluso se afirmaba que era la vanidad. Sin embargo, él creía que eso era reducir demasiado la ecuación.

Apartó la mirada deprisa. No pudo evitar que sus ojos se fueran directos al escaparate, a pesar de que sabía que no se lo podía permitir y que mirarlo una y otra vez solo le generaría más dolor. Había soñado mil y una noches con aquel cuaderno de dibujo. No era un cuaderno normal, de esos ya tenía en casa, sino que este llamaba la atención por sus cuatro costados. La tapa, de cuero marrón oscuro, estaba decorada con elaborados engranajes que simulaban el interior de un reloj. Eneas no sabía cómo funcionaba ese mecanismo, pero le fascinaba tanto que la necesidad de acariciarlo que sentía era incluso visceral.

Siguió caminando, muy a su pesar. Aquellas ruedas que giraban y giraban le recordaron que llegaba tarde. Acababa de salir de la escuela y tenía que ir a casa para encargarse del ganado.



Últimamente recaía en él casi todo el trabajo duro, pues sus músculos habían decidido desarrollarse pronto y ya tenía la fuerza suficiente para arar y llevar de un lado a otro los pesados calderos de agua.

Apretó el paso y trató de pegarse lo máximo posible a las tejanas de los edificios. Nevaba con intensidad, «Demasiado para ser finales de septiembre», pensó Eneas. Se le había olvidado coger la capa esa mañana, ya que se había levantado más tarde de lo normal y no le dio tiempo ni a desayunar. Desde que su madre yacía en una cama sin casi poder moverse, las cosas habían cambiado mucho en el hogar de los Lockwood. Eneas maldijo para sus adentros, «Todo se solucionaría si me dejaran participar». Pero no le permitían hacerlo, y sabía que, por mucho que se lo pidiera, su padre jamás le daría la autorización.

Cruzó la vía del tren casi sin mirar. Al principio le daba miedo hacerlo, porque justo unos pasos más atrás había una curva demasiado cerrada que hacía que no hubiera buena visibilidad. Sin embargo, después de realizar la misma operación día tras día, aprendió a fiarse del sentido del oído. Incluso del tacto, ya que el tiempo le había enseñado a identificar las vibraciones que se intuían en el suelo cuando un tren se acercaba.

La nieve empezaba a cubrirlo todo de blanco y Eneas solo podía pensar en que, como siguiera así, tendría que meter todo el ganado en la cuadra, y eso era algo que detestaba. No vivía en una finca muy grande, pero tampoco podía considerarse de las más pequeñas de la zona. La Gobernación se había portado muy bien con sus padres cuando estos decidieron emprender una vida juntos. Así funcionaban las cosas en Vestalia: uno vivía en casa de sus progenitores hasta los dieciocho años, edad en la que se le concertaba un matrimonio y se le daba una vivienda para que fuera autosuficiente. Después, esa pareja estaba obligada a tener descendencia, toda la que el cuerpo y la edad permitieran.

Eneas era hijo único. Cuando se casó, su madre no conseguía quedarse embarazada. Habían probado todos los métodos posibles y habían intercambiado casi todos sus bienes por hierbas que una mujer aseguraba que eran el remedio para quedarse encinta. Incluso, al no funcionar nada de lo anterior, estuvieron tentados de hacer aquello que sabían que sí que funcionaría pero que iba completamente en contra de sus ideales. Ni siquiera las ganas de ser padres les empujaron a ello. Y, cuando ya pensaban que la Gobernación les quitaría la finca para dársela a otra familia más fructífera, una falta les indicó que Eneas venía en camino. Habían pasado diecisiete años desde ese momento. Y ahora su madre, mayor y enferma, veía cómo su vida se iba apagando poco a poco.

—Disculpe, señor, ¿sería tan amable de decirme la hora?

Eneas no sabía por qué, pero supuso que aquel hombre tendría un reloj. Tal vez fueran sus zapatos lustrosos o sus gafas con cristal doble las que le dieron esa pista. Su intuición no falló en absoluto.

—Son las cuatro y media, muchacho.

Eneas salió corriendo no sin antes soltar un «gracias» en un tono demasiado alto. Todavía podía notar sobre él la mirada de condescendencia que le estaba dedicando el hombre, pero no le importaba. Estaba más que acostumbrado. En ese momento, a escasos metros de su casa, un carruaje que pasaba por su lado atravesó un charco a tal velocidad que lo empapó de la cabeza a los pies. Mientras maldecía en voz alta, dirigió su vista a la bandolera donde guardaba los libros del colegio para darse cuenta de que una de sus peores pesadillas se estaba haciendo realidad. Metió la mano en ella y comprobó que el agua había traspasado la fina tela. Si hubiera tenido una de cuero nada de eso habría ocurrido, pero no se lo podían permitir. Ahora se había quedado sin libros y la Gobernación no le daría ninguno de repuesto. O encontraba otros rápidamente o perdería el año

escolar. Y eso era lo peor que le podría pasar. Sus padres lo iban a matar, estaba seguro.

Entró en casa con el mayor de los sigilos. Abrió la puerta tan despacio que el colgador que había en el marco y que servía para avisar de las visitas ni siquiera se movió. Eneas soltó un suspiro mientras se apoyaba en la jamba. Si su padre lo veía de aquella guisa tendría un gran problema. Solo necesitaba ir a su cuarto, extender los libros cerca de la chimenea, rezar para que el calor salvara la mayor parte de las páginas y cambiarse de ropa antes de atender el ganado. Le requeriría tan solo unos cinco minutos y después podría...

—¿Se puede saber qué horas son estas de llegar?

Eneas cerró los ojos con abatimiento. El plan había fallado, su padre había sido más rápido que él y ya estaba esperándolo desde el quicio de la puerta de la cocina.

—¿Y esas pintas? ¡Por el amor de..., si estás empapado! ¡Los libros! Dime que no le ha pasado nada a los libros.

Sin embargo, la mirada de Claud Lockwood, fija en la bandolera, dejaba claro que ya sabía la respuesta.

—Yo... Lo siento —musitó Eneas.

—¡Por supuesto que lo sientes! Pero con eso no sirve. ¿Y ahora qué haremos? No podemos conseguir otros libros, ya sabes que es imposible a estas alturas del curso. Perderás el año. Uno clave. Un año menos de estudios significa menos beneficios a la hora de encontrarte pareja y una casa peor para empezar. Ya lo sabes.

Eso era cierto. En Vestalia, cumplir los dieciocho significaba empezar una vida nueva y, para ello, se tenían en cuenta todos los logros obtenidos hasta entonces. La Gobernación defendía la creencia de que la productividad de las personas estaba ligada a las ganas que tuvieran de serlo. Así, sacar buenas notas en la escuela, aprender el oficio de los padres, conseguir vender mucha mercancía en el mercado o colaborar con otras fincas en oficios ajenos eran motivos para ganar puntos.

Eneas no cumplía con ninguno de esos requisitos.

—A tu madre le va a dar un infarto cuando se entere. ¡Tienes diecisiete años! Y ya sabes lo que eso significa.

—Me las arreglaré, padre. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Tú no tienes ni idea de lo que es la vida.

Claud Lockwood tomó una gran bocanada de aire. Podía ser rudo, incluso un poco arisco, pero no soportaba discutir. Mucho menos con su único hijo. Se peinó con la mano la larga melena rubia —característica que compartían muchos habitantes de Selán y que Eneas, sin duda, había heredado— y se obligó a tranquilizarse.

—Ven, vayamos a la cocina. Vas a coger un resfriado como no te quites esas ropas de inmediato.

Eneas lo siguió con la cabeza gacha. Le dolía muchísimo decepcionar así a su padre, hecho que no le impedía seguir con su desastre de vida. Iba a la escuela porque tenía que hacerlo, atendía lo justo para superar las pruebas que los maestros ponían cada semana y el resto del tiempo se dedicaba a dibujar. Eso era lo que a él le gustaba en realidad, y por eso no se había preocupado tampoco de aprender el oficio de su padre. Claud era repostero. Con la leche que daban sus vacas, hacía postres de todo tipo. Su mantequilla era famosa en cada rincón de Selán y, por suerte, su puesto siempre tenía varios fieles que hacían que la familia se mantuviera a flote. Eneas le ayudaba con el ganado, por supuesto, pero jamás se había interesado por la repostería. No era lo suyo. Era de la opinión de que para hacer pasteles había que poseer una delicadeza y un don innatos. Y él no los tenía. Su padre le había dicho mil veces que debía, al menos, intentarlo. Que era un trabajo como otro cualquiera y que él le enseñaría todo lo que sabía. Tenían un puesto muy famoso en el mercado y eso podía garantizarle clientes en cuanto él levantara el vuelo. Era una oportunidad fantástica para ganar puntos y obtener una

vivienda con mayores comodidades. Sin embargo, Eneas rechazaba esa idea una y otra vez.

—Estás a tiempo de cambiar. —Claud Lockwood puso una tetera a hervir mientras avivaba las llamas de la chimenea que descansaba en una de las paredes de la cocina. Él sí que trabajó mucho de joven para conseguir una casa como aquella. Muy pocos vecinos de Selán podían decir que tenían un hogar en cada estancia—. Puedo enseñarte las cosas básicas del oficio, lo aprenderás en muy poco tiempo, eres un chico listo. Y a partir de mañana podrías dedicarte a ir tú al puesto. Al fin y al cabo, los puntos de la escuela ya los damos por perdidos.

—No puedo hacer eso, padre, sabes que no se me da bien.

A medida que Eneas se quitaba la ropa, empapada y helada, su padre la colgaba en la cuerda que cruzaba la cocina. Se dirigió a la habitación del chico a la vez que hablaba en voz más alta para que pudiera escucharle:

—No me sirven las excusas, Eneas. Tienes que espabilar de una vez. No sé cómo te imaginas que es la vida, pero desde luego es más dura de lo que piensas. Dentro de unos meses —dijo mientras le tendía la ropa limpia y seca que había cogido de la habitación— todo lo que conoces habrá cambiado radicalmente. Tu madre y yo no estaremos aquí para ayudarte. Te asignarán una mujer y, entre los dos, tendréis que salir adelante. Deberéis tener hijos, y ya te puedes imaginar lo difícil que es alimentar una boca más. Tendrás que ser útil a la sociedad o...

—¿O qué? —se atrevió a preguntar Eneas, aunque ya sabía la respuesta.

—O acabarán contigo sin ninguna piedad.

Eneas se miró las manos, blancas como la nieve. Aquel verano había sido más frío y oscuro de lo normal y no había visto prácticamente el sol. Una pena, pues uno de sus pasatiempos favoritos consistía en tumbarse debajo del gran castaño que adornaba una de las esquinas de la finca y pasarse toda la tarde dibujando.

—Se me está acabando el cuaderno.

Claud lo miró con incredulidad. Él estaba intentando explicarle que tenía que cambiar su forma de ver la vida o acabaría muerto, y su hijo estaba pensando en sus cosas. Cosas inútiles y que no le servirían para ganar puntos, por cierto.

—¿Me estás escuchando, Eneas? Haces que pierda la paciencia.

—Pues claro que te escucho, padre. Me dices lo mismo día tras día. Pero ya sabes que a mí lo que me gusta es pintar, podría ganarme la vida vendiendo mis obras. No se me da mal. Aunque tú eso no lo sabes porque jamás te has interesado por ello.

Los ojos verdes de Eneas se posaron en los de su padre. Claud supo que tenía razón: nunca se había preocupado por saber en qué pasaba tantas horas metido su hijo.

—Eso no es un trabajo. Ya sabes cómo funciona Vestalia: nadie estaría lo bastante loco como para intercambiar uno de sus bienes por un dibujo.

Esas palabras le dolieron a Eneas como si le hubieran clavado un puñal en el pecho.

—Yo no hago dibujos, hago arte.

—Lo que sea, no me importa cómo lo quieras llamar. Solo te digo... —Claud bajó el tono para sonar más conciliador. No quería ser un mal padre. No se interesaba por las pinturas de Eneas, pero eso no significaba que no lo quisiera con toda su alma—. Solo te digo que tienes que tener cuidado con lo que eliges en la vida. Cada paso que des va a ser una decisión que no se podrá cambiar. Y quizás en estos instantes veas el futuro muy lejano, puede que pienses que te queda una eternidad para ganarte la vida por ti mismo. Sin embargo, eso no es así. Deberías centrarte en ganar puntos, en conseguir más méritos; y, una vez vivas en tu casa, cuando tengas un negocio que te proporcione lo suficiente para vivir, entonces es cuando podrás dedicar un rato de tu día a pintar.

»Además... —titubeó sin saber cómo decir las palabras que venían a continuación—, no nos quedan más cuadernos, los has gastado todos.

La cara de horror que puso Eneas se quedó grabada en las retinas de Claud. No entendía por qué su hijo se pasaba las horas pintando, pero bastaba ver su rostro cuando hablaba del tema para comprender que eso le hacía feliz.

—¿Y no puedes conseguir más? Seguro que en el mercado hay alguien dispuesto a cambiarte cuadernos por unos postres.

—Ya sabes que no funciona así, Eneas. En el mercado solo cambiamos cosas imprescindibles.

—¿Y esto no lo es?

—No para la Gobernación.

El chico apoyó los codos sobre las rodillas y dejó caer la cabeza entre los hombros. La media melena, rubia y un poco ondulada, bailó ante sus ojos.

—Lo hago lo mejor que puedo —se disculpó Claud—. Pero es imposible.

—No, no lo es. Nada es imposible.

—Esto sí. Tendrás que borrar viejos dibujos y reciclar las hojas de los cuadernos que ya tienes. Es la única solución.

—Hay otra solución, y lo sabes.

Un silencio impenetrable se interpuso entre ellos. Claud no veía el gesto de su hijo, pero estaba seguro de que tendría los labios apretados y los ojos cerrados con fuerza. Ese era el gesto que siempre hacía cuando su padre le decía que no.

—Te he dicho mil veces que no voy a recurrir a las mentiras, y mucho menos para algo como lo que me estás pidiendo. Los cuadernos no son necesarios.

—Sí que lo son, para mí lo son. Mi vida sin ellos no tiene sentido.

—No seas así de dramático. Tu vida tendrá el sentido que quieras darle, y ya es hora de que encauces el camino —sentenció con un tono demasiado serio—. No voy a mentir por eso.

—Lo haré yo. —Eneas levantó la cabeza para mirar a su padre. El chisporroteo de la chimenea se escuchaba de fondo y estaba empezando a poner de los nervios al chico.

—Sabes de sobra que no puedes.

—Seguro que hay alguna forma. Como te he dicho, nada es imposible.

Si Claud Lockwood hubiera tenido el carácter del que presumía la gran mayoría de hombres selantes, se habría dirigido a su hijo y le habría propinado un sonoro bofetón. Lo habría mandado a su cuarto sin cenar o le habría ordenado que pasara la noche atendiendo el ganado. Cualquier cosa menos abrazarlo.

—Sabes que no —le repitió mientras imprimía más fuerza al abrazo—. Además, dada la situación que vivimos no podemos arriesgarnos a mentir.

Eneas se quedó en silencio. Un silencio que siempre lo invadía cuando salía ese tema de conversación. Así funcionaba Vestalia. Había tres maneras de conseguir las cosas en aquel país. Las primeras propiedades se adquirían cuando la Gobernación asignaba una finca a un mayor de edad. Dentro de ella, habría más o menos comodidades dependiendo de los méritos que se tuvieran. Más ganado, más materiales para mantenerlo, más chimeneas, más habitaciones, más utensilios para ganarse la vida... Otra manera era mediante el trueque en el mercado. Los artesanos acudían cada día para vender sus productos. De esa forma se conseguía carne, pescado, platos preparados, telas, velas, mantas o ropa básica. Y luego había una tercera opción. Una opción de la que Claud Lockwood no quería ni oír hablar. Esa opción era la mentira.



CAPÍTULO 2

**Eneas Lockwood
Selán, al noroeste de Vestalia**

Eneas daba vueltas y vueltas en la cama. Aunque vivía en una casa grande, las voces de sus padres discutiendo atravesaban los pasillos y los muros de piedra hasta llegar a los oídos del chico. Era inevitable. Él, a pesar de que se había tapado la cabeza con su almohadón de plumas de oca, seguía sintiendo los reproches que volaban de un lado a otro de la habitación donde deberían estar durmiendo.

Y aunque ese almohadón, que ya estaba demasiado viejo y demasiado usado, hubiera impedido el paso del sonido por completo, los remordimientos de Eneas habrían machacado su mente espantando a su paso cualquier posibilidad de quedarse dormido.

Se levantó de la cama y salió de la habitación, aun sabiendo que no era la mejor idea. Claud Lockwood odiaba discutir. Si lo podía evitar, no decía una palabra más alta que la otra. En cambio, en esos momentos su voz retumbaba por toda la casa, lo que dejaba claro que se estaba saltando su norma de no pelearse nunca.

—¡Es un inconsciente!

A Eneas no le hacía falta pegar la oreja a la puerta del cuarto de sus padres, sin embargo, por costumbre, se arrimó todo lo que pudo. No era la primera vez que escuchaba a escondidas.

—No lo es, Claud. Tan solo es un crío.

—No es un crío, Tami. Pronto será mayor de edad. Nos lo quitarán y no tendrá ningún lugar al que ir, ¿no te das cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta —su madre sonó ofendida. Eneas siempre había pensado que esa mujer tenía la voz más dulce de toda Vestalia. La quería más que a nadie en el mundo—. Pero no le podemos pedir más de lo que ya hace. Atiende el ganado, va a la escuela y ayuda mucho con las tareas de casa. Son demasiadas cosas para un niño, aunque para la Gobernación no cuenten en absoluto.

—Ese es el problema, que no está ganando puntos, no está generando ningún mérito y, dentro de unos pocos meses, no podremos estar ahí para ayudarlo.

El silencio invadió la casa de los Lockwood. Tami lo sabía mejor que nadie. A pesar de que para ella Eneas siempre sería su niño pequeño, llevaba más de diecisiete años pensando que algún día se iría de su lado. Cuando se quedó embarazada, por fin, solo era capaz de pensar en que, en el futuro, llegaría un momento en el que tendría que despedirse de él. Al no tener más hijos menores de edad, a ellos los mandarían a una finca más modesta y dejarían libre la suya para otra familia que pudiera dar más hijos a la región de Selán. Y podrían ver a Eneas de vez en cuando, tal vez haciéndole alguna visita o encontrándose casualmente en el mercado, aunque jamás volvería a ser lo mismo.

—No sé qué vamos a hacer.

El susurro de Tami atravesó la pared con delicadeza, consiguió llegar hasta el corazón de Eneas y partírselo en dos.

—Tengo que obligarlo a ir al mercado. Ya se lo he dicho, a partir de mañana será él quien se encargue de llevar el puesto. Yo me quedaré en casa e invertiré todas las horas que no estoy

allí en hacer más postres. Ahora se están vendiendo muy bien las cornetas de mantequilla. Si hiciera el doble al día es posible que pudiéramos adquirir más cosas. Necesitas comer más, sobre todo carne roja, cada día estás más pálida y débil.

Tami estuvo tentada de decirle que esa palidez no era más que un reflejo de las paredes ocre de la casa, un viejo chiste que ambos tenían y que, en su día, les hacía gracia. Pero ya no encontraban nada bueno en aquella austeridad que los había llevado a vivir con lo imprescindible.

—Ya lo hemos hablado, Claud. Me queda muy poco tiempo y eso no se va a solucionar comiendo carne. Tú invierte todos tus esfuerzos en darle a nuestro hijo la vida que merece. Yo no estaré mucho más tiempo por aquí y ahora mismo soy solo una carga.

Eneas irrumpió en la habitación sin importarle lo más mínimo que sus padres le hubieran repetido mil veces que siempre se debía llamar antes de entrar.

—No vuelvas a decir eso, jamás.

Una sombra cruzó el rostro del chico, cuya cara de preocupación era más que evidente. Tenía los puños cerrados y la respiración agitada. Sabía de sobra que su madre estaba enferma, sabía que el tratamiento que la podría curar era inalcanzable para ellos en esos momentos, y aun así no quería aceptar la realidad: su madre se estaba muriendo.

—Eneas, ¿qué te hemos dicho sobre lo de entrar en habitaciones ajenas sin llamar? —le reprendió Claud.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—Pues claro que sí, madre. Toda la ciudad ha debido de oír vuestras voces. —Eneas se lo pensó mucho, pero al final preguntó—: ¿Estáis así por mis libros?

Tami bajó la mirada. No quería tener que decirle a su hijo que ese acontecimiento —fortuito, lo sabía— significaba algo horrible.

—No, cariño. No te preocupes, lo solucionaremos.

Claud la miró con reproche. A pesar de no querer discutir, tampoco le atraía la idea de engañar así a su hijo.

Sin embargo, no le llevó la contraria a su mujer.

—Ven, siéntate aquí a mi lado.

Eneas obedeció y aceptó el sitio que le acababa de hacer su madre en la cama. Tami Lockwood había sido una mujer preciosa. Ahora solo se podía intuir una sombra de lo que los años y la enfermedad se habían empeñado en arrebatarle. Su pelo, antes del color del fuego, era tan ralo que había perdido hasta su tono. Igual que su piel, estaba acartonada e incluso amarillenta dentro de su palidez. Ni siquiera tenía ese brillo en los ojos que tanto la caracterizaba. Se habían convertido en dos pozos negros en los que se leía la llamada inminente de la muerte.

—Tienes que hacer caso a tu padre. Él es sabio y todas las lecciones que te enseña, aunque tú pienses que no te sirven de nada, son muy valiosas.

—Madre...

—Déjame terminar, no me interrumpas. —Tami trató de sonreír, aunque por el camino emitió un gesto de dolor que no pudo evitar. Acarició la colcha de flores que cubría su cama para disimular y atraer la atención de Eneas hacia ese movimiento; odiaba que la viera sufrir—. Sabes que esto no va a ser para siempre y que las cosas van a cambiar muy pronto, y eso significa que tienes que ayudar a tu padre en todo lo que puedas. Cuando yo no esté, tendrás...

—¡No vuelvas a decir eso! —A Eneas se le olvidó muy pronto la orden de que no debía interrumpir a su madre cuando esta hablaba. Se levantó de golpe y se quedó apoyado contra una pared, tratando de respirar con calma, pero sus pulmones se negaban a recoger el aire que estaba tragando a bocanadas—. No te vas a morir. No lo vas a hacer.

Eneas, en el fondo, sabía que repetir esa frase no iba a hacer que se recuperara. Era consciente de que su madre se estaba

muriendo y de que le quedaban muy pocos días de vida. Aunque tratara de convencerse de lo contrario, bastaba con echar un vistazo a esa cama, de la que Tami ya no era capaz de salir, para darse cuenta de que la realidad, a veces, era la peor enemiga.

—Ven, mi cachorrito.

Hacía demasiados años que su madre no lo llamaba así. Aquel apodo cariñoso surgió mucho tiempo atrás, cuando Eneas la perseguía por todas partes. Tami decía que le recordaba a los perritos que no dejaban a su madre ni a sol ni a sombra por miedo a no saber enfrentarse a la vida.

—Ya sabes cómo están las cosas. —La mano de Tami se posó sobre la de su hijo. Este se había sentado a su lado, incapaz de no aceptar aquella petición. Desde allí le llegó mejor el olor tan característico de su madre: a romero, limón y nieve—. Me queda muy poco tiempo de vida. No creo que llegue a la semana siguiente.

—Pero...

—No, no me interrumpas, cielo. Es algo que tienes que asimilar cuanto antes. Y podemos pasarnos estos últimos días discutiendo sobre lo que va a ocurrir o tratando de disfrutar los que nos quedan.

El muchacho apretó los dientes con tanta fuerza que le pareció que se los iba a reventar. Miró a su padre a los ojos y este supo a la perfección en qué estaba pensando su hijo. No necesitó decir ni una sola palabra.

—Sabes que no puedo, Eneas. Lo hemos hablado ya demasiadas veces y la respuesta sigue siendo la misma.

—¡Eres un cobarde! ¡Eso es lo que eres!

El chico se levantó de golpe de la cama y se acercó tanto a su padre que sus caras casi se rozaban. Ya no tenía que ponerse de puntillas para alcanzarlo, había crecido tanto en el último año que había superado la altura de Claud.

—No soy un cobarde, soy una persona íntegra. Y esa lección deberías grabártela bien aquí dentro. —Dirigió su dedo índice a la sien de Eneas—. Deberías bajar de la nube en la que parece estar y darte cuenta de cómo es la vida realmente.

La respiración agitada de Claud Lockwood solo escondía las ganas de decirle a su hijo que la vida lo iba a tratar muy mal si seguía por aquel camino. Se lo había repetido un millón de veces; al contrario que en otras casas, el tema de las mentiras no era algo tabú en el hogar de los Lockwood, allí se hablaba de ellas sin tener que susurrar. Y siempre se hacía con el mismo motivo: para convencerse unos a otros de que aquello estaba mal.

Sí, mentir les daba la oportunidad de tener una existencia mejor, de conseguir cosas que, de otra forma, serían incapaces de tener. Sin embargo, esa era un arma de doble filo. Nada salía gratis, y muchísimo menos en Vestalia.

—¿De qué tienes miedo, padre?

—Ya te he dicho que no se trata de una cuestión de cobardía, sino de integridad.

—¿Integridad? ¿Cómo puedes hablarme tú de integridad?

—El pecho de Eneas subía y bajaba con fuerza. Llevaba mucho tiempo queriendo decir esas palabras en voz alta, a pesar de que sabía que el resultado iba a ser demoledor—. No puedes hablarme de integridad cuando estás dejando morir a tu mujer en una cama.

Una sonora bofetada llenó el silencio que se había instalado de repente en la habitación. Tami se llevó una mano a la boca, tal vez para sostener dentro el grito de reproche que sabía que no debía emitir. No quería violencia en esa casa, lo había dejado claro una y mil veces, pero tampoco debía permitir que Eneas se desviara del camino. Si había que recurrir a la violencia, lo harían sin pensarlo.

—No vuelvas a decir una barbaridad como esa —espató Claus—. ¡Jamás!

—¡Pero es que es verdad! Sabes que existe una forma de conseguir las medicinas que madre necesita. Es tan fácil como ir al auditorio y contar una mentira, una pequeña. Al día siguiente tendremos un paquete en la puerta de casa y ella se curará de inmediato. ¡Es fácil!

«Ojalá fuera tan sencillo», pensó Claus. Sí, podía hacer eso, se lo había planteado un millón de veces. Esa idea, jugosa y apetecible, había salido en las conversaciones con Tami de manera constante. Y los dos habían llegado al mismo acuerdo: no iban a caer en las redes de la Gobernación por nada del mundo; incluso aunque su vida dependiera de ello.

Mentir suponía entrar en un juego sucio, uno del que toda Vestalia era partícipe. La Gobernación había creado un sistema tan perfecto que había conseguido tener a toda la población bailando a su son como si de una marioneta se tratara.

Si alguien necesitaba un bien que no podía conseguir en el mercado o con los medios que la propia Gobernación le había dado, tenía la posibilidad de recurrir a la mentira. Bastaba con ir al auditorio más cercano y contar un embuste sobre alguien. Ni siquiera hacía falta que se conociera a esa persona, con dar nombres y apellidos era suficiente. Y era cierto: unos minutos u horas después —dependiendo de lo difícil que fuera encontrarlo— tendría lo que había pedido a cambio en la puerta de su casa. Cualquier cosa valía, eso era lo mejor de todo. No importaba que fuera algo necesario, podía tratarse de un capricho cualquiera. La Gobernación no pedía explicaciones.

Sin embargo, sí quería algo a cambio. Esa mentira se podía convertir en verdad o no. Muchos científicos y matemáticos habían tratado de dilucidar en qué se basaban las máquinas del auditorio para decidir si una mentira se cumplía o se quedaba —por suerte— en el aire. Y nadie, hasta la fecha, lo había averiguado. Tampoco sabían cuáles eran los mecanismos encargados

de hacerla realidad. Era un sistema tan bien hecho y con un funcionamiento tan intrincado que parecía arte de magia.

A la mente de Claus vino la imagen de su hermana Milda. Sus padres los habían criado de igual forma, pero el resultado no pudo ser más distinto. Él tenía claro lo que quería en la vida: ser libre; y ella solo quería ser más que cualquier otro. No tenía ningún reparo en mentir si le apetecían unos zapatos nuevos, incluso si se le antojaba una capa de terciopelo con brillantes. No le temblaba el pulso cuando mentía para conseguir una máquina de escribir nueva que luego jamás usaría o un bolso de piel del animal más exótico de Vestalia que dormiría para los restos en el armario. Siempre le salía bien, pues sus mentiras nunca se convertían en verdades.

Hasta que un día ocurrió.

No supo muy bien cuál de todas ocasionó que su cara apareciera en el tablón de mentirosos. Ella, con su pelo rubio casi blanco, su maquillaje dramático y su sonrisa ladeada. Aparecer en ese panel era casi una sentencia de muerte. Solo ocurría si la mentira se cumplía, y eso significaba que el afectado, o incluso las víctimas colaterales, podían vengarse de la persona que había acudido al auditorio. Era sencillo: tendrían veinticuatro horas — ni un minuto más, ni un minuto menos— para llevar a cabo la venganza sin ser juzgados. Y podría tratarse de cualquier castigo, incluso la muerte.

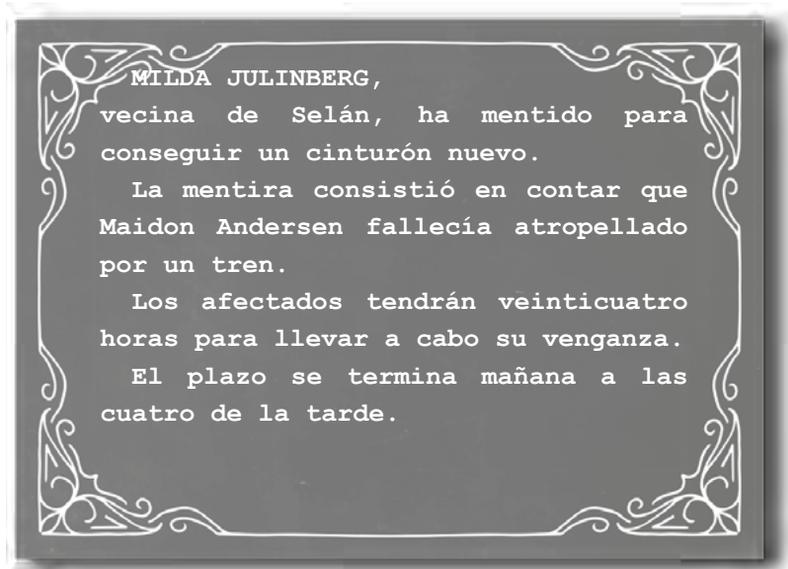
Fue por un cinturón nuevo. Lo podría haber conseguido en el mercado, pero ella había entrado en una dinámica en la que le parecía más fácil mentir que trabajar con sus propias manos. Ese día optó por elegir a Maidon Andersen, un hombre escuálido que vivía al final de su calle. Ya había contado alguna mentira sobre él y, dado que no se podían repetir, esa vez tuvo que improvisar. Sin pensárselo mucho, dijo que un tren había arrollado a Maidon cuando este iba al mercado. Milda salió del auditorio con la

cabeza únicamente puesta en su cinturón nuevo, lo que hizo que los remordimientos no encontraran lugar dentro de ella.

Ni siquiera se planteó que su mentira pudiera convertirse en verdad. Nunca había ocurrido, y llevaba muchísimos años mintiendo para conseguir todo lo que quería, así que no tenía por qué pasar entonces.

Hasta que alguien llamó a su puerta a medianoche. Milda, en bata y con los fantasmas del sueño todavía persiguiéndola, casi no tuvo tiempo de preguntar quién osaba molestarla a aquellas horas intempestivas. Cuando fue a abrir, alguien le asestó una puñalada certera en mitad del corazón.

Claus se enteró al día siguiente. Los rumores corrían rápido en Selán. Cuando llegó a la casa de Milda, su cuñado le explicó lo que había sucedido. Claus, movido por un impulso que no pudo reprimir y la falta de aire que de repente lo invadió, acabó en mitad de la plaza de la ciudad, donde el nombre de su hermana aparecía en grande en medio del tablón:



Eneas también se estaba acordando de la historia de Milda. Su padre se la había contado sin rodeos el mismo día en que ocurrió todo. Quería que a su hijo le quedara claro que nada salía gratis en Vestalia, que tarde o temprano todos acabarían pagando por las mentiras que contaban. A Milda le salió mal la jugada y, aunque lo tenía más que claro, ese día Claus se juró a sí mismo que jamás iba a poner en riesgo su integridad a cambio de nada. Aunque significara la vida de su mujer.